

Bernhard HÄRING, *María. Prototipo de la fe*, versión castellana de J. López de Castro, Barcelona, Herder, 1983, 156 pp., 12 × 20.

Un libro de Häring despierta el interés que le viene del renombre que goza su autor en el área de la cultura religiosa. Y, si el libro versa sobre la Virgen, será difícil dejarlo de leer.

«Se lee de un tirón», suelen decir los críticos al presentar un libro que interesa realmente. Y ello ocurre con el libro sobre el que vamos a hacer unas cuantas reflexiones. Porque a la sugestiva lectura contribuye, además del interés intrínseco, la densa brevedad de esta «mariología en forma de meditación y plegaria», como nos la presenta el editor castellano. Y en esta primera lectura, aunque sea después de una natural reflexión, cae uno en la cuenta de que el autor está formado en la espiritualidad de tierna devoción a María, que infundió a su congregación el autor de «Las glorias de María».

El «entusiasmo creciente» que, según afirma el autor, le embarga en las sucesivas reelaboraciones del libro, se contagia al lector desde la primera *meditación* —porque meditaciones son, con coloquio final, los capítulos del libro— al exponernos la «imagen» de María que el autor va descubriendo a lo largo de toda la Biblia, del Génesis al Apocalipsis, iluminándose mutuamente. Tal es la estructura del libro: 31 meditaciones o comentarios a una lectura bíblica —a veces dos o más textos—, que concluyen en un coloquio en que el autor habla con Dios Padre y con la Virgen Santísima, la Madre del *Siervo de Dios*.

Subrayo esta expresión, pues es este título mesiánico de Cristo el que da la especial coherencia a estas meditaciones, y a ese título de Siervo de Dios va estrechamente ligada *la fe de María*, que la hace *Prototipo* de la fe de la Iglesia, subtítulo del libro que analizamos.

El libro tiene dos partes bien trabadas, precisamente por el subtítulo *prototipo de la fe*. En la primera parte expone el autor la fe de María en el trato íntimo como esclava del Señor y Madre de su Siervo. En la segunda, después del largo comentario al Magnificat, presenta a María, en virtud de esa fe mantenida, como Madre de la nueva humanidad.

*Siervo de Dios* no es precisamente el título mesiánico que suena literalmente en el Nuevo Testamento. Lo toma de Isaías, y, sin nombrarlo, Jesús así se presenta: no ha venido a «ser servido sino a *servir*», y esta actitud de servicio la exige en los que van a continuar su misión.

El tema de la fe de la Virgen María es sugestivo, y sobre él, dentro de la penuria de escritos mariológicos, se ha escrito bastante. El Concilio Vaticano II, al estilo y con palabras de los Santos Padres, hace resaltar notablemente la fe con que María interviene activamente en la obra salvadora de su Hijo, particularmente en la Anunciación. Y luego, usando palabras de San Ambrosio, dice: «La Madre de Dios es tipo de la Iglesia, en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo» (LG, 63). En la gran reflexión que la Iglesia hizo sobre sí misma —como calificó Pablo VI al Concilio Vaticano II— es como un redescubrimiento esta dimensión primordial de la fe de la Virgen. Porque, abstrayendo de las *maravillas* que *en Ella hizo el Todopoderoso*, y que son, natural-

mente inmerecidas, María es *la Bienaventurada*, «Beatissima», porque creyó con más fidelidad que nadie, incluso que Abrahán «el padre de nuestra fe». Y en esta fe sin igual está el incalculable mérito de la que es «Virgo fidelis». Así lo proclamó Isabel «llena del Espíritu Santo» (Lc 1,45). Ahora bien, ¿cómo entiende Häring esta fe?

Desde luego una fe *adulta*, es decir, la respuesta que da el hombre a Dios que le interpela, supuesta, claro está, la gracia divina «que se adelanta y ayuda» (DV, 5). Pero en un cristiano —de ello no habla el autor— esta respuesta supone la virtud *infusa*, que, bajo la acción del Espíritu Santo, va desarrollando en el creyente el clima que facilitará la respuesta. De ello no habla el autor, pero no por ello vamos a suponer que lo olvida. Pero, pensamos, se debía tener en cuenta, cuando, por lo menos, son tres planos de la fe.

Häring dedica a la fe de María el c. 9, y cita la definición de *Hebreos* 11,1 y propone esos modelos de la Carta para concluir que en la fe María sobrepasa incluso a Abrahán, ya que «se entrega y consagra sin reservas al Siervo de Dios y de los hombres», y «con el corazón ensangrentado, pero rebosante de amor, permanece junto a su Hijo al pie de la cruz».

El autor, como ya dijimos, coloca la fe en este plano, en la entrega radical al *Servidor*, señalando así el camino a la Iglesia, «proclamar con todo su ser que Dios está de parte de los pequeños y los humildes» (pp. 43,44), «renunciando a toda pretensión de dominio y poderío» (p. 48). Tal es el aspecto que más recalca el autor.

Pero, además de esta fidelidad al Siervo de Dios, ¿habla Häring del elemento intelectual de la fe? En otras palabras, ¿qué dice el autor sobre el problema de si María creyó en la divinidad del Hijo que se le proponía en la Anunciación? Leemos: «'El Señor está contigo'. Ha llegado por fin, en esa historia (del Pueblo de Dios y de las promesas mesiánicas), el gran momento en que María, la virgen, cala de modo único y original el sentido profundo del nombre Emmanuel, 'Dios con nosotros'» (p. 19).

Pero la frase se escribe en un contexto en que leemos: «La gracia (*kharis*) es un don del amor fascinante de Dios, la experiencia primordial de que Dios nos mira con semblante propicio, nos hace objeto de su favor e intenta atraernos a él. Jamás ser humano, antes que María, sintió tan intensamente como ella la presencia y la gracia de Dios» (p. 19), *experiencia* que el autor, por intercesión de María, pide vivir como ella la vivió (pp. 21, 22).

Todo esto nos confirma que el autor usa una *terminología* que rehuye adrede, como en tantas ocasiones, la exactitud de la 'fórmula' con que ordinarmente nos expresamos, y en ello radican las aparentes discrepancias que vamos señalando. Sin embargo, y teniendo en cuenta todo el contexto del libro, creo que hay que estar por la afirmativa a la cuestión de si la Virgen, en fe, claro está, no en visión, supo desde la Anunciación que Dios la había elegido para Madre de su Unigénito.

María sabe, y este es el hilo conductor de todas las meditaciones, que es la Madre del *Siervo de Dios*. Y «merced a una revelación especial, María se entera de que ella es signo privilegiado de esperanza, señal de que

Dios cumple las promesas hechas a Israel» (p. 19). Se ve «transformada por la gracia divina en el signo anunciado del cumplimiento de la promesa salvífica» (p. 20), que se cifra en el nombre «Emmanuel», cuyo sentido cala profundamente y habrá de imponer a su Hijo. Y «desde el comienzo hasta el fin de su vida, lo percibe María todo como inmerecida gracia del Señor, ya que ella es por siempre la humilde, agradecida y fidelísima sierva e hija de Dios, su propio hijo, el mismo reflejo e imagen del Padre» (p. 21). Jesús, en efecto, es «el santo de Dios, Dios mismo».

Y con esta convicción escribe la oración con que concluye el capítulo: «Con Jesús, tu Hijo muy amado y Siervo fiel, te alabamos, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque te dignas revelar a María, la humilde doncella, hija de Sión e hija tuya, lo que permanece oculto a los ojos de los sabios y de los orgullosos. (...) Concédenos, Padre, que venerando a María, madre de tu Hijo unigénito hecho hombre, adoremos así tu santo nombre» (*ibid.*).

Claro está que este conocimiento es en fe: «Pese a su inmaculada pureza, deberá caminar por la noche oscura de la fe» (p. 112). Y este *caminar-peregrinación* como lo llama la *Lumen gentium* (n. 58)— lo explica el autor en el c. 22, comentando el acontecimiento del Niño hallado en el templo: para el autor esos tres días de «éxodo» (metáfora que emplea alguna otra vez para indicar esa oscuridad y aparente apartamiento de Dios) nos remiten a las «lacerantes jornadas» «que transcurrieron entre la crucifixión de Jesús y su resurrección». Y, después de un delicado comentario del alcance de esa expresión familiar «Abba», que oímos por primera vez a Jesús, observa que la pronunciará Cristo, especialmente, en momentos decisivos: «una serie de predicciones y sucesos proféticos» mediante los cuales «María, Madre de Jesús de Nazaret es introducida en esta nueva dimensión de la conciencia de una familia universal de Dios, donde a ella le corresponde un papel privilegiado. María es la Madre de la Iglesia» (p. 111).

Papel éste que el autor, fiel a la Tradición viva de la Iglesia y a su Magisterio, expone desde el momento en que «en nombre de toda la creación pronuncia 'He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra'» (p. 29).

«¡Oh María, Madre de Dios, Madre de nuestro Señor y hermano Jesucristo! Te damos gracias por tu humilde y valeroso sí, un sí firme y fidelísimo a tu vocación de seguir al Siervo de Dios, el servidor de todos los hombres, hasta el pie mismo de la cruz.

Te saludamos y nos alegramos contigo, porque el Todopoderoso te concedió el honor y la dicha de ser la madre de su Hijo hecho hombre. Por toda la eternidad te honrará Jesús como a madre suya. Y por siempre tu sí nos recordará el principio de nuestra redención» (p. 31).

Es de agradecer, en el «hoy y ahora», de la exégesis que se hace con frecuencia, que el autor, al comentar el «carácter virginal» del nacimiento de Cristo, se detenga en la figura de José «hombre de fe, un justo» que

desempeña «un papel activo en la historia de la salvación». «José asume su elevada vocación, sin saber por qué caminos le llevará (el Señor). Mas para él serán siempre caminos de fe, y a tal fe recibirá abundante luz, mucho más aún que Abrahán» (p. 75).

Pero ¿por qué mencionar «los dolores del parto» (p. 80), como repite también al comentar el c. 12 del Apocalipsis? (p. 151). Sabemos que la maternidad virginal, o si se prefiere, el nacimiento virginal de Jesús, forma el bloque dogmático del origen virginal de Jesús. Y, en la formulación tripartita del dogma, el punto del *nacimiento virginal*, es un dogma de fe propuesta, al menos, por el magisterio ordinario de la Iglesia. Y que el alumbramiento virginal se expresa léxica y gráficamente en «la ausencia de los dolores del parto». ¿Por qué, entonces, sin que se lo exigiera el contexto, afirmar lo que no sirve más que para entrar en una polémica, ya desde hace siglos dirimida? Al exponer el «inefable nacimiento» del Verbo hecho carne, la Tradición viva ha visto en la «virginitas in partu» el cumplimiento de la antítesis entre Eva y María: aquella fue *maldecida* precisamente, ella como mujer, porque alumbraría con dolores: María es, por antonomasia la *Bendita*, no sólo por su «foecunda virginitas», sino porque fue eximida de toda clase de maldiciones que pesaron sobre la mujer.

Esta es *la fe de la Iglesia*, repetía Juan Pablo II en su discurso de la plaza Eduardo Ibarra de Zaragoza, 6-XI-1982. ¿Con qué derecho nosotros podemos separar una parte de esa *totalidad* del mensaje de Cristo que, según el mismo Häring, hemos de aceptar del Magisterio de la Iglesia? (p. 130).

Quizá encontraríamos en el mismo libro la respuesta a esta nuestra pregunta. Comentando la fe de José que hace su *éxodo* sin certidumbres humanas, Häring hace una aplicación a la Iglesia del Concilio y el Posconcilio, aludiendo al gesto del Papa Juan XXIII invitando «a la Iglesia a un nuevo éxodo», y a la situación derivada de esta invitación. «Incluso gran número de proposiciones doctrinales y normas de moral vuelven ahora a estar sobre el tapete y a plantearnos el problema de si pertenecen a la sustancia permanente de la fe o no son sino meras formulaciones humanas y efímeras» (p. 76).

Cierto que esta situación persiste, el *revisionismo* es casi total. Pero la apelación que hace el autor al ejemplo de la *sagrada familia*, «confiar-nos totalmente en Dios» y «para llegar a vivir esta experiencia, podemos y debemos asistirnos los unos a los otros» (p. 76), no vemos cómo nos pueda ayudar, si no tenemos en cuenta las indicaciones, repetimos, que el mismo Häring nos da en esa p. 130.

Y vamos a terminar este análisis del libro de Häring fijándonos en la *devoción mariana* —no en la personal del autor, que rezuma por todas las páginas del libro— para advertir que no podemos tomar como definición, aunque así se formule, la que encontramos en la p. 10: «La auténtica devoción a María es alabanza a Dios por el papel que asignó a la mujer, una forma gozosa de anunciar el mensaje de la salvación, de adorar a Dios en espíritu y en verdad, de dar nueva vida al soplo profético de la Iglesia». No es definición, por lo menos completa, pues luego

volverá a señalar otra condición de la devoción auténtica. Es el comentario a las palabras de la Virgen en las bodas de Caná. Dice: «Tocamos aquí el núcleo y centro de la auténtica devoción a María. María, nuestra madre, no tiene mayor deseo que el de orientar hacia Jesús todos nuestros cuidados, nuestro amor y obediencia. La honramos de veras cuando hacemos cuanto Jesús nos dice con sus palabras, su gracia, su vida y su muerte, y todos los sucesos de su existencia y la nuestra». Y luego, en la oración conclusiva, dando gracias al Padre por habernos revelado en este suceso la relación del nuevo Adán con la nueva Eva, dice: «En su ruego lleno de confianza, que tan maravillosamente fue escuchado, nos pusiste a María por modelo supremo de la Iglesia» (pp. 115, 117). (Ciertamente que en toda la obra no encontramos la palabra *culto*. Quizá porque tampoco es forzoso que la hubiera empleado, cuando habla de *venerarla, honrarla* y constantemente acude a ella en su oración).

Y, por fin, en el c. 30 donde habla de Pentecostés y de las relaciones del Espíritu Santo con María: «Jamás llegaremos a vivir el nuevo y esperado Pentecostés de la Iglesia, al que con honda fe se refería el Papa Juan, si no unimos nuestra fe y nuestra esperanza a las de María, la reina de los Apóstoles. Si la Iglesia da a María la honra y el puesto que le corresponden, se convertirá de veras en oración, fuente de alegría para todos los pueblos, y aprenderá a adorar cada vez más a Dios en espíritu y en verdad» (p. 147). Y, fiel a sus símbolos y a su empeño en aleccionar (?) a *la Iglesia*, dirá, comentando el Apocalipsis y señalando el camino del «desierto»: «Para de veras anticipar en su liturgia la victoria final de Cristo, es preciso que, aquí y ahora, la Iglesia viva el éxodo con Jesús y María» (se entiende del desposeimiento de todo poderío temporal) (pp. 151, 152).

Queremos cerrar nuestro análisis con una especie de síntesis de todas las observaciones que hemos ido haciendo sobre el libro de Häring, *María. Prototipo de la fe*. Es, ciertamente, aunque breve, una *mariología bíblica*, en la que al comentario de los textos que se aducen en cada capítulo se une el *tono cordial*, afectivo, de las oraciones con que se ciernen cada una de las 31 meditaciones que lo componen. Y, aunque el autor afirma que pretende presentar una «imagen bíblica», las reflexiones personales, que son el comentario de los textos bíblicos, le vienen de la liturgia, de los Santos Padres, de los teólogos (aunque no se cite ninguno ni siquiera al colectivo) y del Magisterio, como el autor mismo lo dice. La doctrina es, pues, la que la Iglesia propone en el c. 8 de la *const. Lumen gentium*, que el autor afirma ser «digno remate» de dicha Constitución.

Ahora bien, en la expresión de esta doctrina, no sigue los cauces usuales de las fórmulas teológicas o dogmáticas —rehuendo adrede, como parece, el rigor de esas formulaciones—; y los conceptos mariológicos que va exponiendo no los presenta en bloques distintos y simultáneos, sino dispersos y fragmentariamente, por lo cual, a la hora de precisar su pensamiento hay que recomponer los distintos fragmentos, si se quiere ver en toda su totalidad el misterio de que habla, v. g., la Inmaculada Concepción, la dimensión de la fe de la Virgen, etc.

Pero, aun siguiendo la doctrina de la Iglesia, encontramos en el libro algunos reparos: así, la afirmación de los *dolores del parto* de Nuestra Señora con lo cual parece no aceptar el *sentido realístico* —como decía el Papa en Zaragoza— de la perpetua virginidad de Nuestra Señora; y, sobre todo, las abundantes expresiones como de *denuncia profética* en que, al hilo de los comentarios, *señala a la Iglesia* las condiciones para que sea *fiel* al Siervo de Dios: en estas expresiones, exabruptos muchas veces, cae en el defecto tantas veces repudiado de decir *Iglesia* cuando debía decir *cristianos* o *fieles* o creyentes, y así esta manera de expresarse, «ut sonat», no tiene en cuenta la *perpetua fidelidad que la Iglesia ha guardado a su Esposo*, ni distingue la *santidad de la Iglesia*, que es indefectible, de la santidad de los fieles que no es más que una tensión que los ha de llevar a una perpetua conversión y *reforma*.

LAURENTINO M.<sup>a</sup> HERRÁN

Domenico BERTETTO, *Maria nel Magistero di Giovanni Paolo II. Terzo Anno di Pontificato (22 Ottobre 1980-21 Ottobre 1981)*, Roma, LAS, 1983, 196 pp., 15 × 20.

Dentro de la colección que viene publicando la Academia Mariana Salesiana, se presenta este libro que es continuación de otros dos que cubrieron los dos primeros años del magisterio de Juan Pablo II (cfr. *Scripta Theologica*, 15, 1983, 350-353). Uno más dentro de la ya larga serie de títulos marianos de Domenico Bertetto.

La materia está dividida, como en los trabajos anteriores, en tres partes: comienza con un simple elenco cronológico de intervenciones marianas del Pontífice, indicando las fuentes donde pueden encontrarse; sigue un «Itinerario mariano» donde se describe brevemente el contexto de cada intervención y se esquematizan las ideas más relevantes; y en la tercera parte, se hace una amplia sistematización doctrinal, recogiendo y distribuyendo los textos marianos más significativos.

Esta tercera parte, que es la más importante y extensa del libro, tiene tres secciones, que exponemos brevemente a continuación, pues dan una idea exacta del contenido del libro: «María nel Mistero di Cristo» donde se recogen comentarios de Juan Pablo II sobre los distintos momentos de la vida de María, desde su concepción inmaculada hasta Pentecostés; en la segunda sección «Maria nel Mistero della Chiesa» se trata de su intercesión y de su condición de modelo de virtudes cristianas para los distintos miembros de la Iglesia; la tercera sección «Il culto e la devozione di Maria nella Chiesa» agrupa primero diversos ejemplos de devoción mariana propuestos por el Papa (D. Luigi Orione, el Padre Maximiliano Kolbe, Juan XXIII y Juan Pablo I), estudia las distintas componentes de la devoción mariana, y trata finalmente de las formas de devoción mariana (Angelus, Santo Rosario, culto a las imágenes, peregr-